



La Grand Carmen

Alejandro Noguera*

Estoy escribiendo una serie de novelas sobre una chica que, durante el día, cumple su turno como cajera del supermercado y, durante la noche, combate el crimen. La escribo por las noches, después de cenar. Por las tardes, cumplo mi turno de ocho horas como cajera en el supermercado. La chica sobre la que escribo no es como yo porque, si lo fuera, no sería nada divertida la serie de novelas. Ella es una mujer fuerte, decidida, hermosa, entrenada para pelear por los mejores maestros de las artes marciales. Es independiente y no tiene ningún temor de enfrentarse a los más terribles hombres que habitan la noche. Estuve dando vueltas durante mucho tiempo sobre el nombre de mi heroína. Primero, decidí que su nombre de civil fuera Leticia. Luego de pensarlo mucho, y de exprimirme la cabeza con el asunto, me pareció lo mejor optar por La Grand Carmen para su nombre de superheroína. La idea es que ella sea una exponente de la exuberancia, sensualidad y carácter latino. En la primera de estas historias, pongo alguna de mis vivencias personales. Bueno, admito que en todas las historias pongo alguna de mis vivencias personales. Es que, aunque a alguno de ustedes les parezca difícil de creer, una, como cajera de un supermercado, puede observar y deducir muchas cosas sobre la personalidad de la gente. Está la chica que se queda un rato en la góndola de las golosinas, decidiendo qué chocolate comprar. O el hombre obsesivo que compara precios de cada marca de papel higiénico y las sopesa en sus dedos, intentando dilucidar cuál es la más adecuada. Está la señora que arrastra un papel arrugado, con montones de palabras acumuladas, que va traduciendo en productos acumulados en el changuito. O el tipo inútil, casi una carga más, a quien la mujer lo lleva para que conduzca el auto, levante paquetes o firme el recibo del pago con tarjeta. Una no puede dejar de ver alguna conducta sospechosa, de gente que intenta llevarse cosas debajo del buzo y hay que avisarle al guardia para que los detenga. También una ve la sonrisa del chico lindo ese, que siempre elige pasar por mi caja y medio que le da vergüenza hablar. O también una puede concentrarse y recordar el código de cada producto cuando las barras no son leídas por el láser. Y, también, una aprende a qué decir o cómo decir a una compañera que viene mal por alguna cosa que le pasa en la casa. Y de todo eso, una va haciendo una mezclita de dónde saca material que nutre las

* Alejandro Noguera estudió las carreras de Cine y Letras en la Universidad Nacional de La Plata. En 2017 publicó la novela *Un Dios Paranoico* y en 2023 un libro de cuentos llamado *Nieve azul sobre Los Hornos*.

alejandronoguera933@gmail.com

aventuras de La Grand Carmen. Así que ese es el modo en el que paso las horas del trabajo, haciendo mi tarea y viendo cómo puedo reutilizar toda esa información que voy recolectando. Igual, a veces me pasa que se me ocurre alguna idea que me parece preciosa y tengo una fila enorme de gente. No puedo detenerme y anotarla en la libretita que tengo para el caso. No puedo pararme ante los clientes y decir: Esperen, la literatura me llama. No puedo y tengo que tratar de retener la idea, mientras continúo con mi trabajo y es un momento de mucha ansiedad porque el único interés que tengo es el de escribir. Paso los productos, pero mis ojos están vacíos, como si estuvieran vigilando que no se escape la idea. Me pasó, por caso, cuando se me ocurrió la trama central de la primera novela. Vino como una epifanía y, antes de que pudiera anotarla, una señora con un carro repleto se acercó a mi caja. Intentaba apurar, pero era peor. El arroz no tenía un código legible y tuve que pasarlo a mano; uno de los sachets de leche se pinchó; no me tomaba los códigos de las frutas y tuvo que venir la supervisora a revisar la máquina. A todo esto, en mi cabeza lo único que había era la idea de la trama. La trama, que esboqué en ese momento y luego desarrollé en mi casa, es que encuentran cadáveres de bebés enterrados en el fondo de una casa. Pero creo que debería contar un poco más. La primera novela cuenta el origen de La Grand Carmen. Ella es una agente de la inteligencia cubana, entrenada en la selva venezolana y que sirvió durante años para combatir la contrainsurgencia. Pero luego de cumplir con un trabajo muy delicado, borraron su memoria y la dejaron trabajando de cajera en un supermercado chino de la Argentina. Ella hace una vida sin sobresaltos. Vive con su pareja, sale con algunos amigos, hace un curso de macramé. Una noche, cuando vuelve de su curso a su casa, un hombre la ataca e intenta llevársela, pero ella se lo quita de encima, le rompe un brazo y lo deja tirado en el suelo, llorando de dolor. Luego de encontrar estas habilidades que desconocía en ella, comienza a recordar, como si tuviera flashbacks, su vida anterior. Los voy contando de a poco, mientras ella se debate qué hacer con ese aparente poder recién descubierto. En esa parte de la narración, cuento algunos casos menores que desbarata. Una noche, por ejemplo, pasa por una casa y escucha una pelea. Logra meterse y atrapa a un tipo antes de que mate a la novia. Deja al tipo inconsciente y se va sin mediar explicación. Siguen apareciendo sus recuerdos, imágenes sueltas de esa otra vida que ella no termina de discernir. Al mismo tiempo, algo le dice que debe utilizar esas habilidades para ayudar a las mujeres. La decisión final la toma una tarde en su trabajo. Un par de ladrones entran al supermercado y comienzan a apuntarla con escopetas. Le exigen el dinero de la caja y ella, como si su cuerpo recordara cosas por su cuenta, los reduce mediante una atlética combinación de patadas y piñas. Esto está basado en un incidente que sufrí en mi trabajo, pero mucho antes de que se me ocurriera esta historia, incluso en esas épocas ni siquiera pensaba que podía ser escritora o algo por el estilo. Yo soy cajera de un Veá, no en un chino. La cosa es que una noche, poco antes del cierre, dos encapuchados, armados ambos, ingresaron a robar. Fue una secuencia que duró un puñado de minutos, pero que pareció durar días.

Entraron a los gritos, revoleando sus armas y asegurando que iban a matar a quien la fuera de justiciero. Norberto, el guardia de seguridad, dio un paso hacia atrás cuando los vio y uno de ellos le disparó en la cabeza. La bala le destruyó el cráneo y la salpicadura de sangre y sesos empapó el vidrio de la puerta de entrada. Quedamos todos en silencio, observando como el cuerpo inerte era rodeado por un charco espeso y rojizo. Comenzaron a gritar, pero con más rabia y se alcanzaba a ver una saliva espesa que les salía de la boca con cada palabra que pronunciaban. Cintia, la jefa de cajas, imagino que para calmar la situación, se paró frente a ellos, pero agitó la pistola remarcadora y también le dispararon en la cabeza. Cayó dando espasmos, apenas a un metro de mí. Una salpicadura roja me manchó el uniforme blanco y los brazos. Luego de eso, todo se volvió un frenesí de gritos e imágenes desordenadas. Nos apuntaron a nosotras y a los pocos clientes que había. Nos exigieron que abriéramos nuestras cajas y a la gente que pusiera su dinero en una bolsa. Fueron recolectando la plata, pero, por algún motivo, mi caja se trabó. Era la última y uno de los ladrones me apuntaba y me insultaba y me gritaba, pero yo no podía destrabarla. Comencé a llorar, mientras hacía fuerza para abrirla de alguna manera, pero no había forma. Finalmente, el otro le empezó a decir que me dejara, que tenían que rajar. Entonces, apoyó la pistola en mi frente y sentí el hueso de acero, frío, sobre mi piel. Gatilló, pero la bala no salió. El ladrón sonrió y se fue. Mientras, el otro había agarrado del cuello a una de mis compañeras y se la llevó afuera. Me quedé sentada, apenas respirando, y pude sentir una humedad tibia que bajaba entre mis piernas. A mi compañera, la rescataron unas horas después. Nunca se supo bien qué pasó con ella en ese tiempo, ni tampoco ella quiso contarlo. Estuvo licenciada varios meses, con tratamiento psiquiátrico y, por lo que cuentan, medicada. Ahora se reincorporó, pero se la ve un poco triste. Bueno, pero la cosa es que, a partir de este incidente, se me ocurrió ese momento en que La Grand Carmen decide convertirse en superheroína. Estoy tratando de ver cómo ordeno todos los hechos. Tengo que armonizar el descubrimiento de su historia con la trama de los cadáveres de bebés y que no quede muy traído de los pelos. Y también tengo que pensar alguna historia de amor, siempre en estas novelas hay una historia de amor. Ya pensaré en algo, seguro. Todavía la estoy escribiendo.